

IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología  
XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología  
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos  
Aires, 2017.

# Sobre las relaciones entre juego y amor en la clínica psicoanalítica.

Sourigues, Santiago.

Cita:

Sourigues, Santiago (2017). *Sobre las relaciones entre juego y amor en la clínica psicoanalítica*. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-067/287>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRer/gnM>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# SOBRE LAS RELACIONES ENTRE JUEGO Y AMOR EN LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA

Sourigues, Santiago

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Argentina

---

## RESUMEN

En el siguiente escrito tendremos por objetivo la presentación y análisis de una viñeta del caso clínico de un niño de 8 años, viéndose la consulta realizada por sus padres motivada por sus frecuentes episodios de ira y agresión. Los dos interrogantes centrales que nos moverán a ello y encauzarán nuestra exposición serán las dos siguientes: 1- ¿Cómo se produce la así denominada en el decir cotidiano “puesta de límites” en el niño?; 2- ¿Cuáles son las condiciones de la tolerancia de la pérdida y la frustración en el desarrollo del niño? Para alcanzar dicho objetivo, procederemos en primer lugar a realizar una exposición del material clínico desplegado durante los primeros cuatro meses del tratamiento psicoanalítico llevado a cabo. Luego de ello, procederemos a analizar dicho material centrándonos tal tarea en los interrogantes mencionados.

## Palabras clave

Juego, Amor, Otro, Pérdida, Frustración

## ABSTRACT

ON THE RELATIONS BETWEEN PLAYING AND LOVE IN THE PSYCHOANALYTIC CLINIC

In the following article, it will be our objective to present and analyse a case of an eight year old child, whose parents' consultation was triggered by his frequent rage and aggressive outbreaks. The two main issues which will lead us throughout our journey will be the following: 1- ¿How is the so called “setting of the limits” produced in the child?; 2- ¿Which are the conditions for the tolerance of loss in the child development? In order to do so, we will proceed in first place to give an exposition of the clinical material deployed throughout the first four months of the psychoanalytic treatment. After that we will move on to analyse such material centering such task in the mentioned issues.

## Key words

Playing, Love, Other, Loss, Frustration

## Presentación del material clínico

Victorio tiene 8 ½ años y sus padres deciden realizar una consulta que su madre, Martina, hace ya un tiempo quería realizar y a la cual su padre, Mariano, antes se resistía a realizar pero que también fue apoyada por él luego de un episodio que la precipitara, junto con el pedido por parte de la escuela de la realización de un tratamiento psicológico. El episodio en cuestión fue el siguiente:

Participando de una actividad de debate grupal con el docente de Deportes, uno de sus compañeros, Manuel, le hizo burla a Victorio cuando pidió la palabra, y cuando fue el turno de Victorio, lo

interrumpió, frente a lo cual Victorio reaccionó con una gran ira, agarrando un bloque de cemento que había cerca para arrojárselo por la cabeza. Los docentes y sus compañeros reaccionaron muy preocupados ante los hechos, al igual que después lo hicieron la escuela y sus padres, quienes, preocupados por el hecho, ya que además no era el primer episodio de características similares (si bien era el primero que alcanzaba dimensiones semejantes), decidieron realizar la consulta.

En la primera entrevista con los padres, quienes están divorciados, la madre comenzó diciendo que a Victorio “le cuesta mucho perder”. Ella señala que también “le cuesta recibir límites”. Continuaron ambos relatando el hecho ocurrido. Si bien el relato en un comienzo es similar, la lectura sobre la gravedad del hecho comienza gradualmente a diferir: mientras que para Martina el episodio era grave y no podía acontecer sin consecuencias, para el padre, Mariano, podríamos decir que “era grave, pero...”. Es decir, él comenzó a relativizar el hecho, hablando sobre lo provocador que era Manuel y su mala relación con Victorio (frente a lo cual la madre planteó que Manuel era provocador con varios de los compañeros del curso y no por eso reaccionaban como reaccionó Victorio). Por otro lado, la escuela y los entrenadores de fútbol del club donde se entrenaba Victorio recomendaron suspenderlo de las actividades de fútbol por el plazo de un mes. Martina estaba de acuerdo con ello, pero para su padre eso era cruel porque implicaba “sacarle lo único que tenía” y en algún punto no dejaba de tratarse la situación de una “pelea de chicos”. Finalmente culminaron la entrevista acusándose mutuamente (la madre lo acusaba a él por “ser cómplice” del niño, mientras que él a ella de “cruel”).

En la primera entrevista con Victorio, él llegó al consultorio expectante y con ganas. Se lo veía curioso y cuando le pregunté que me contara un poco sobre él, comenzó a hablarme como si yo fuera un periodista deportivo entrevistando a un gran deportista. Me habló de su pasión por el deporte en extenso y me dijo que era hincha de River. Muy histriónicamente y con ademanes, como “para la cámara”, me contó lo traumático que resultó el que su equipo descendiera a la Categoría B, lo cual dijo en estos términos: “cuando descendí fue lo peor que me pasó en la vida”. Decía que “había faltado poner huevos”, a lo que respondí con un chiste: “¡Justo a las gallinas...!”. Su respuesta al chiste fue de relevancia para el desarrollo posterior: su gesto facial se transformó, dejándome ver los dientes, mordió con ellos su labio inferior, me dirigió una mirada de odio y me dijo, como advirtiéndome: “¡No me parece gracioso!”. Le pedí disculpas y le dije que no era mi intención ofenderlo, y que lo dije para que nos divirtiéramos. Siguió hablando sobre el deporte y quiso hacer para mí un dibujo de una gran jugada que hizo que terminó en gol e hizo que su equipo ganara.

En la entrevista siguiente comenzó diciéndome cuán contento estaba porque su equipo había ganado el partido el fin de semana. Me habló luego de su entrenador, quien había formado parte de un gran equipo, pero ahora estaba “viejo y choto”. También me dijo que su papá era muy bueno en fútbol de joven, si bien ahora estaba un poco gordo y fuera de estado físico. Le hice otro chiste: “¿Viejo y choto?”. La reacción de Victorio fue la misma que con el chiste sobre las gallinas y los huevos, con lo cual no volví a hacer más chistes durante las primeras entrevistas.

A continuación, y con el objetivo de incluir el dibujo en el espacio del tratamiento dentro de un marco lúdico, le propuse realizar el juego del garabato. No obstante, si bien él había llegado contento y con muchas ganas de jugar, se mostró renuente a dibujar y jugar con los garabatos, de un modo tan férreo que por su gesto facial y su tono de voz evidenciaba angustia, con lo cual no insistí. Sin embargo, respondió positivamente cuando le propuse dibujar cosas en particular: sin problemas y recuperando las ganas dibujó una persona, un árbol y una casa, esta última ya apuradamente y sin mucho empeño, diciendo querer jugar a otra cosa. En cuanto a la persona, dibujó a Eduardo, un hombre de mediana edad, dibujo en el que me llamó la atención, al igual que ocurrió con el árbol y la casa, la gran velocidad y el tamaño con que fuera trazado. El trazo, por otro lado, era muy firme y remarcado. El nombre de la persona, por otro lado, se debía a que entre sus compañeros solían hacerse burla llamándose con nombres finalizados con la terminación “-ardo” (Eduardo, Ricardo, Dardo, etc.). Eduardo poseía una enorme boca de carnosos labios.

En el árbol y en la casa, por otro lado, fueron recurrentes los aspectos formales del dibujo ya mencionados: gran tamaño, trazo remarcado, velocidad en el dibujo. En particular en lo concerniente a las pautas de contenido, lo que más llamativo me resultó en el dibujo del árbol fue la forma y cantidad de las ramas: el árbol presentaba una gran cantidad de ramas en forma de rayo o de flecha, cuyas puntas no apuntaban hacia afuera, sino que daban la vuelta y apuntaban hacia el tronco del árbol mismo. Durante el dibujo de estas ramas puntiagudas, dispuestas en forma laberíntica y hermética, Victorio me dijo en tres ocasiones: “No sé si vas a entender esto...”. La casa, finalmente, la dibujó ya con desgano y quejándose por tener ganas de cambiar de juego. En ella se destacaba la presencia de rejas de gruesos barrotes en todas las ventanas, dibujadas con un trazo muy remarcado.

En las cuatro entrevistas subsiguiente, Victorio eligió un juego de cartas, denominado “Uno” [ii]. Cada vez que él ganaba, se mostraba muy aliviado (este juego, como desarrollaremos más adelante, probablemente a causa de su carácter competitivo, le resultaba muy tensionante) y se vitoreaba jactancioso. Cada vez que perdía, por otro lado, se angustiaba y se enojaba, insultándome, exclamando: “¡No puede ser!” y pidiendo una revancha. En estas circunstancias, centrándose el quid de la cuestión en torno de quién ganaba y quién perdía, no era de extrañar que el elegido fuera un juego rápido de fácil resolución (y que al arrojar rápidamente un ganador y un perdedor se prestara por ello a ser funcional al modo que presentaba Victorio a esta altura del tratamiento de paliar la angustia). Por otro lado, cabe destacar, una de las sesiones en que jugamos este juego, él llegó muy ofuscado al consultorio, llorando y repitiendo: “¡Soy

un perdedor!” y sin poder dar cuenta de por qué lo decía cuando le preguntaba por qué decía eso y de dónde venía. El juego, no obstante, se desplegó con las características antes mencionadas. Luego de cuatro entrevistas en que jugamos al “Uno”, Victorio optó por otro juego: “Abrecabezas”. Este juego, que por cierto ya seguía una temporalidad distinta de la “Uno”, pues en lugar de una lucha desenfrenada, consiste en una serie de consignas de variado tipo (preguntas y respuestas, escenificaciones al modo “dígalos con mímica”, silbar canciones, adivinanzas y pronunciar palabras al revés) en donde de acuerdo al cumplimiento de las consignas se avanza de a un casillero, ocurriendo a veces que con una sesión no fuera suficiente para que el juego terminara, siendo reanudado la semana siguiente.

En cuanto a las consignas en particular, Victorio hizo un uso diferencial de cada una de ellas. Las preguntas y las adivinanzas que él dirigía hacia mí lo entusiasmaban (en sí lo divertía leer las respuestas y repetirme las consignas, mientras yo no sabía las respuestas e intentaba pensar respuestas posibles). Cuando yo daba con la respuesta, él en parte se enojaba (no podía creer en ocasiones que yo supiera las respuestas, y eso en parte lo irritaba) y en parte lo ponía contento (por primera vez en el juego mis aciertos lo alegraban, pues “no poder creer” simultáneamente puede expresar no sólo indignación y enojo, sino también admiración). Cuando a él le tocaba escenificar para que yo adivinara, si yo no daba con la respuesta, le resultaba en cambio frustrante, aunque ello se vio morigerado cuando a él le tocara escenificar varias películas, las cuales escenificó bien, pero a pesar de ello yo no pude adivinar.

La próxima sesión comenzó diciendo que teníamos que terminar el juego que habíamos dejado inconcluso la vez pasada, el que terminamos empatando (era la primera vez que el juego lo permitía). Lo jugamos de nuevo y ganó él una vez y una vez yo, aunque esta vez, lo cual llamó la atención, no pareció importarle tanto ganar ni tampoco haber sido derrotado (es decir, no se pavoneó en el primer caso ni se enfureció en el segundo).

Pasó luego a jugar al Dominó durante tres sesiones, juego en el que ocurrió algo que lo sorprendió: no ganó ninguno de nosotros dos, sino que por cómo planteamos las reglas del juego, ocurrió que fue el mismo juego el que nos derrotó a ambos. Esto lo tomó por sorpresa y le causó gracia.

El próximo juego que eligió Victorio fue el de operar a Homero, juego en que primero competitiva y luego cooperativamente extraíamos con pinzas de juguete una gran cantidad de objetos tragados por Homero. Victorio primero se frustró al perder, pero su frustración cedió ante el juego cooperativo y también ante ver que había piezas que yo tampoco podía extraer del cuerpo de Homero.

Los juegos que siguieron a este fueron nuevamente el Dominó, y a continuación, la batalla naval y el ajedrez, juego este último cuyas reglas aprendió rápidamente y sobre el cual nos extenderemos durante el análisis del material.

Hasta aquí se extiende el fragmento del primer período del análisis que hemos expuesto y a cuyo análisis nos circunscribiremos por motivos de extensión. [iii]

#### Análisis del material

En primer lugar, quisiéramos comenzar haciendo una introducción

sobre los primeros prejuicios que tenía al recibir el caso, los cuales fui descartando. Ellos, en efecto, estaban relacionados con la dirección que darle al tratamiento, concibiendo como objetivo central del mismo la necesidad de introducir límites y que este niño, cuya ira era desatada ante el perder en competencias, pudiera comenzar a perder. Como veremos, el despliegue del caso distó de una lectura tan simplista.

Efectivamente, en la segunda entrevista con el niño, él ya puso de manifiesto su necesidad imperiosa de ganar, insultándome cuando perdía. Ahora bien, el punto era: ¿Debía el análisis girar en torno del perder, o incluso, mejor dicho, del “enseñar a perder”? Considero que esta pregunta fue crucial para el posterior desarrollo del análisis. Por otro lado, dicha pregunta debía ser complementada con otra, que creo ya era un primer paso hacia la problematización de los tópicos presentados al comienzo: ¿Por qué este niño no podía perder? El planteamiento de dicha pregunta resultaba fundamental, cabe destacar, pues no hacerlo implicaba necesariamente caer en la asunción de que este niño, por alguna especie de oculta “mala voluntad”, “carácter indómito” o “caprichosidad” no perdía, porque simplemente “no tenía buena disposición para hacerlo” o “porque le gustaba” y entonces había que “volverlo” un poco más “flexible, tolerante y concesivo”. El encontrarme en el consultorio con las angustias que irrumpían junto con su ira, despejaba la cuestión rápidamente y abría entonces una nueva dimensión de la interrogación clínica en este caso. Ya podíamos preguntarnos si la ira y la agresión no eran en realidad dos respuestas defensivas contra la angustia ante el perder, la cual las antecedía y se hallaba entonces en el trasfondo de dichos síntomas. En efecto, si la angustia que acompañaba la ira ya no hacía atribuible la ira a cierta terquedad o mala voluntad del niño, si entonces ya no se trataba de que el niño mostrara un “excesivo afán” por ganar, sino en cambio una *necesidad* de ganar para no caer presa de la angustia, ¿qué era lo que producía aquella angustia que soportaba los síntomas? Creo que la respuesta bien podemos intentar abordarla a partir del análisis de lo ocurrido con los dibujos.

En lo que respecta al dibujo de la persona, lo que en primera instancia me resultó llamativo fue el enorme parecido entre la persona y su padre (advertible en detalles como la vestimenta, el corte de pelo, etc.) pero con una nota digna de distinción: era con un insulto que nominaba dicha figura. El padre, enorme y admirado, como Victorio lo presentaba en las primeras entrevistas, parecía además ahora objeto de insulto y ambivalencia. Restaba como incógnita qué lugar desempeñaba la gran boca de gruesos labios.

Este dibujo, por otro lado, permitía resignificar lo ocurrido con los chistes, ya que no sólo se presentaba su padre como una figura amada e idealizada, sino también odiada e insultada. Sin embargo, cuando hice los chistes, este padre no pudo ser cuestionado “ni en broma” podríamos decir, lo cual ilustra la seriedad que revestía el asunto. Encuentro aquí un dato clínico que me parece fundamental: en efecto, si el jugar es lo que permite al niño superar lo traumático, lo traumático, inversamente, es aquello con lo que no se puede jugar[iv]. Esta relación de oposición entre juego y trauma, al margen de las referencias psicoanalíticas que podamos encontrar, es ilustrada con facilidad por lo que ocurre a propósito de la muerte, la que socialmente consideramos que no se le puede desear a nadie

“ni en broma”, por ejemplo.

El dato aquí central me parece que está dado por el hecho de que había ahora otro elemento que producía la ira de Victorio; ya no era sólo el perder, sino también el cuestionamiento de la figura del padre. En este contexto de ambivalencia en lo concerniente a la figura del padre, en donde se funden la admiración y el encono, se comprende el conflicto subyacente ilustrado durante el dibujo de ese hermético y también ambivalente laberinto de ramas: “no sé si vas a entender esto...”. El padre era depositario de unas tendencias agresivas que no podían hallar de ningún modo cabida, ni siquiera siendo realizadas por un tercero. El niño se posicionaba como el hereje que, por la angustia que le suscita que el Otro descubra su falta de fe, para alegar ante el Otro en favor de la creencia que no tiene, quema a otros herejes en la hoguera. Al mensaje le restaba entonces sólo la posibilidad de expresarse condensadamente y en manera oculta en simultáneo con elementos amorosos que lo ocultaran, cual mensaje subliminal, como lo fue el dibujo.

Otro dato sobre el que en su momento mayor información no pude obtener fue sobre la sentencia que Victorio vino repitiendo una vez angustiado y triste, de manera tal que podríamos considerar alucinatoria[v]: “¡Soy un perdedor!”. Aquí vale la pena detenernos para reflexionar sobre lo siguiente: perder en una competencia es perder ante el otro. Por lo tanto, si él perdía: ¿quién ganaba? Además, quisiéramos poner de relieve la paradoja: este niño que se presentaba como un habilidoso ganador, sin embargo, se sentía un perdedor. Creo aquí encontrar uno de los ejes del conflicto con sus compañeros de escuela: Victorio, ese niño que tanto ponía el foco en ganar o perder y quien de hecho nunca perdía, siempre sentía estar perdiendo. En nuestros juegos, paralelamente, donde la mayoría de las veces era él quien ganaba, la sensación de ganar era efímera, pues al fin y al cabo él siempre perdería. Este punto fue de importancia al momento de descubrir el trasfondo sintomático del ganar, antes que degradarlo en la opinión de que el niño “siempre se salía con la suya”. ¿Podía seguir siendo un objetivo del análisis que el niño “aprendiera a perder” cuando en realidad él se hallaba sumido en una constante experiencia de pérdida? La posibilidad del perder pasaba entonces a ser un objetivo a alcanzar mediata e indirectamente. En este contexto, ganar ya no era simplemente una cuestión de imperatividad del niño, quien disfrutaba en sí de derrotar a sus rivales e inflarse así narcisísticamente, sino más bien lo único que podía por al menos un momento compensar la continua experiencia de pérdida padecida, un pequeño charco de agua en medio del desierto.

En cuanto a la primera pregunta, esto no pudo esclarecerse hasta mucho más adelante. Fue en un comentario al pasar cuando jugábamos al ajedrez. Victorio me pidió que le enseñara a jugar y con gran velocidad aprendió todos los movimientos de las piezas en una sesión, donde jugamos sólo haciendo algunos movimientos. La vez siguiente, en que pudimos completar dos partidos, en el primero gané yo, y, dato destacable, no lo molestó, sino que se compenetró más aún en el juego e inesperadamente para mí, me ganó el segundo partido, de una manera que no pude prever. Encontrarse con mi sorpresa ante el haber sido derrotado, pero también el haberme derrotado también él por sorpresa (no creía que fuera a ganarme con el movimiento que resultó ser jaque-mate), fue para Vic-

torio de un efecto sólo comparable al de que los dos perdiéramos juntos frente al Dominó. El mismo gesto facial de relajamiento y distensión, y a la vez, de insight, es decir, de reordenamiento de los elementos bajo un nuevo entendimiento, efecto opuesto al desarme de las asociaciones producido por la sentencia: “¡Soy un perdedor!” Lo nuevo que irrumpía, según puedo interpretarlo, tiene un denominador común: la relación entre las reglas y el ganar y el perder. Allí donde sólo había un ganador y un perdedor, el Dominó venía a mostrar que con reglas no necesariamente hay un ganador. Frente a las reglas, todos pierden. En un mundo con reglas, no hay un ganador absoluto. Con ello se comprende cómo el juego que siguió al Dominó fue el de operar a Homero, clavándole las pinzas y lástimándolo como condición para al mismo tiempo curarlo. De este modo, pudo Victorio finalmente jugar con lo que antes no podía: la agresividad y destructividad dirigidas hacia su padre, quien ahora estaba subordinado a una regla: para curarse, era necesario que pasara por una operación. También se comprende así que luego de vencerme, Victorio le enseñara a su padre a jugar al ajedrez. Nada más y nada menos, le enseñó un juego de reglas. Las primeras veces le ganó a su padre, y vino contento contándomelo, pero cosa importante, no jactancioso (lo cual habría sido simplemente un resultado de la necesidad de ganar), sino sorprendido con lo ocurrido (es decir, dicha victoria tenía un índice de extrañeza que la diferenciaba de las típicas victorias por necesidad, que sólo producían su imposición narcisista y no eran extrañas en absoluto).

No obstante, luego de que el padre dominara un poco mejor las reglas del juego, el niño nunca más volvió a derrotarlo. Este dato llegó a mí cuando de una semana a la otra Victorio volvió a jugar al ajedrez conmigo y evidenció nuevamente una notable necesidad de ganar, mostrándose ansioso cuando veía que le comía (podríamos aquí pensar que este juego permitía figurar la fantasía de la boca gigante devoradora) varias piezas y se desvanecían sus posibilidades de ganar, recurriendo a darse por vencido para comenzar un nuevo partido, ante lo cual le pregunté si había estado jugando al ajedrez durante la semana, y me dijo que sí, que había jugado con familiares y amigos. De ninguno en particular habló con especial énfasis, pero de su padre dijo que a él nunca le pudo ganar (ahora sí podíamos comprender el lugar de la boca gigante del padre): a lo que le respondí: ¡Qué grandulón ese papá!”. Luego, en una entrevista con el padre en esa misma semana, justo al final de la misma, le pregunté si el niño le había ganado alguna vez. Él se rió (dato fundamental, la risa delataba la propia necesidad de ganar del padre y su imposibilidad de perder), y me dijo vacilante y dubitativo: “Sí... ¿por?” A lo que le respondí chistosamente: “Dejate ganar, que es un nene; no seas grandulón...”.

Paralelamente, en dicha entrevista, el padre habló de cómo lo “sacaba de las casillas” que Victorio “no le hiciera caso” y se “portara mal”. Salió el tema de cómo “se iba de boca” y le decía cosas que en realidad no eran verdad, pero que en el momento de ira, él las llegaba por un lapso a sentir e impulsivamente las decía, tales como que no lo iba a llevar de vacaciones o que se iba a ir a vivir a otra provincia y lo iba a dejar, a lo que el niño reaccionaba con un llanto desesperado. La impredecibilidad del padre, entonces, su variable estado de ánimo, exponía al niño a una vivencia de pérdida inminente e imprevisible.

Así, la pérdida era la pérdida de amor y ganar, aquello que para su padre era objeto de reconocimiento, aquello que servía como condición de su amor, aquello que el niño podía encontrar como cebo para retener el volátil amor de su padre. La necesidad sintomática de ganar se podía entonces comprender a partir de la referencia al amor[vi]. Dejarse ganar, por otro lado, es estar dispuesto a perder por seguir jugando, es afirmar un deseo de jugar con otro con independencia de que se gane o se pierda. Así, dejarse ganar muestra la estrecha relación entre el amor y el estar dispuesto a perder a cambio del amor del Otro, exhibe que más allá del otro como rival, se encuentra el Otro como objeto de amor y deseo, relación que se muestra como anterior a la primera. Esto, por último, era lo que representaba una dificultad para el padre, a quien, si exhorté a perder, era porque no podía perder “ni en broma”, pues el perder insinuaba un carácter traumático que soportaba su propia imposibilidad de perder por amor. La posibilidad de perder, por lo tanto, no dependía de aflojar cierta rigidez o de hacer más concesivo al niño, sino en cambio, de poder aislar la relación de deseos que subyace a la relación con el Otro. De ahí que la remisión de los síntomas se produjeran ante la presencia de un Otro dispuesto a perder por amor y que el retorno de los mismos fuera en correlación con la presencia de un Otro necesitado de ganar, imposibilitado de anteponer la relación de deseo a la relación de rivalidad.

#### Conclusiones

Lejos de haber necesitado que “le pusieran límites”, es decir, de un analista que fuera más o menos estricto, un más o menos severo y disciplinador de este niño rebelde, Victorio, ese niño sólo superficialmente rebelde estaba más bien oprimido respecto de una obediencia anterior, más secreta y profunda, aquella concerniente las condiciones del amor de su padre. El niño en cambio, estaba demasiado *limitado* por las impredecibles y lábiles condiciones de amor de su padre, quien tanto podía justificar actos de agresión, como también podía mostrarse muy severo en su reacción ante actos de menor gravedad.

Por otro lado, podemos aquí pensar que el padre de la identificación es el padre muerto. En su reflexión antropológica *Tótem y Tabú* (1913), Freud expone cómo en el totemismo el padre objeto de identificación es el padre muerto y comido. Un padre invencible, que siempre gana, es imposible matar, es imposible de “comer” y ello en el doble sentido del ajedrez y del lazo identificatorio. El padre sin fisuras no puede ser comido, y en cambio, se transforma él en asesino y figura devoradora, y el parricida deviene en cambio un insurrecto que pierde y es devorado. Del mismo modo, hermanos son quienes comen de un mismo padre. Victorio, el niño que no podía perpetrar el parricidio, no podía por lo tanto identificarse a los parricidas, viéndose así la relación con el semejante perturbada, ya que como condición del reconocimiento del semejante, se volvía antes imperiosa la tarea de comer al padre. La relación con el semejante, por lo tanto, se tornaba de una reciprocidad imposible, pues una condición previa de la relación de semejanza es el atravesamiento por la relación de asimetría. Así, la relación con los compañeros se transformaba en el terreno de una lucha ya no con el semejante, sino en cambio, con el padre imposible de derrotar. La posibilidad de perder, finalmente, era ingenuo pensar que pudiera producirse

así sin más, pues si lo que posibilitaba la pérdida era el perder a cambio de la posibilidad de ganar el amor del Otro[vii], por el contrario, este niño se veía confrontado a la obligación de ganar como condición del amor del Otro.

Considero, por ende, que aquello con lo que no se podía jugar permitió ilustrar en esta ocasión el material aquí presentado. En efecto, aquí no se podía jugar con la pregunta por el deseo del Otro, pues allí donde despuntaba dicha pregunta en un juego, el juego se veía interrumpido por el carácter insoportable de la pregunta ante la inminente amenaza de pérdida del amor del Otro.

Por último, quisiéramos detenernos en una reflexión sobre la relación entre represión y tolerancia a la frustración. Consideramos aquí posible conceptualizar lo ocurrido a propósito del juego de Victorio a partir de las distinciones trazadas por Winnicott entre el self verdadero y el falso self. Mientras que el self verdadero es el que se presenta en el gesto espontáneo y es creativo, el falso self es complaciente y sumiso a las condiciones que le impone el otro aun a expensas de su creatividad espontánea y su sentimiento personal de sí[viii]. En efecto, podemos observar en los dibujos de Victorio que mientras el mismo mantuviera consignas más directivas y estructuradas (como las de la persona, el árbol y la casa), él bien podía responder, pero que a medida que el mismo se indeterminaba y él no podía anticipar las exigencias que el otro le imponía como condición de su deseo y amor, es decir, cuando era interpelado desde la espontaneidad y la creatividad, irrumpía la angustia, lo cual exponía la sobreadaptación sumisa con que respondía ante el Otro. Ello nos permite a su vez superar el simplismo que implicaría suponer que no hay un proceso represivo en casos de niños con escasa tolerancia a la frustración, pues ellos harían “lo que se les da la gana”. Contrariamente a dicha suposición de libertad anárquica de las pulsiones, el niño ilustraba una obediencia opresora a las exigencias que el Ideal dictaba como condición de su amor. Por lo tanto, nos inclinamos más bien a pensar en tales casos que no acontece un proceso represivo en los términos clásicos que solemos entender por ello (configuración de diques de la moral, la vergüenza y el asco, sepultamiento de la actividad de fantaseo y del juego, conformación de síntomas como satisfacciones sustitutivas figuradas por condensación y desplazamiento), pero ello no significa, no obstante, que no haya en la experiencia del sujeto un Otro que sancione condiciones ideales de amor y conlleve así el hundimiento de la espontaneidad del sujeto y la sumisión del deseo al amor del ideal. Así, lo propiamente limitante de la puesta de límites, lo propiciador de la tolerancia a la frustración, consistió en una diferenciación entre el deseo y el ideal que apuntalara el sentimiento de continuidad de la experiencia del deseo con independencia de la identificación al ideal, ahí donde antes la desidentificación del mismo llevaba directamente a la despersonalización, la angustia y la agresión.

De este modo, la angustia ante la hoja en blanco la podíamos comprender a partir de la imposibilidad de poder anticipar una condición de amor, situación que confrontaba al niño frente al enigma del deseo del Otro, frente al cual no tenía forma de responder anticipatoriamente, como lo hacía por medio del ganar. Ello explicaba, por último, el papel de estrella deportiva con el que se presentó el niño por primera vez, forma de identificarse a aquello que anticipaba

como condición de la hoja en blanco que implicaba el deseo del analista; de ahí que al encontrarse con un deseo que diferenciara el deseo respecto de las condiciones ideales de amor, el niño pudiera salir de su identificación al ideal de ganador retenedor del deseo del Otro y pudiera así comenzar a perder. Así, la posibilidad de perder estuvo dada por un perder que no significara la pérdida del deseo del Otro, o bien, por un deseo más allá de la identificación a un ideal absoluto imposibilitado de perder por amor, un perder que abriera un campo del deseo más allá de la afirmación del objeto, que a cambio de la renuncia al objeto, ofreciera la promesa de simbolizar la pérdida del objeto por medio de la esperanza de reencontrar sustitivamente aquello perdido en el campo del Otro, en las sendas del deseo.

## NOTAS

[i] El siguiente trabajo se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación UBACyT (2014-2017) 20020130200155BA: “Articulación de las conceptualizaciones de J. Lacan sobre la libertad con los conceptos fundamentales que estructuran la dirección de la cura: interpretación, transferencia, posición del analista, asociación libre y acto analítico.” Director: Dr. Pablo D. Muñoz. Acreditado y financiado para el período: 01-08-2014 al 31-07-2017.

[ii] En aras de la comprensión del lector, aclaramos que el “Uno” es una versión con leves modificaciones del juego clásico en Argentina con naipes españoles llamado “Jodete”.

[iii] Desde luego nos habría gustado ahondar en detalles de varios de los juegos descriptos escuetamente. Al final de la presentación del trabajo proponemos realizar eventuales preguntas al respecto en la ronda de preguntas de la mesa.

[iv] Dos referencias que aquí consideramos cabe destacar son las que siguen. El chiste es, por ejemplo, para Freud, una formación en continuidad con el juego de los niños (Freud, 1905) y permite para él autor el “domeñamiento del trauma” (1920). Winnicott, por otra parte, destaca que cuando en el juego la referencia a la pulsión, a la sexualidad y a la masturbación se vuelve demasiado patente, el juego se interrumpe (1971).

[v] Digo aquí alucinatoria por la certeza con que ello se presentaba y porque ello no podía, ante la pregunta, llevar a ninguna asociación al respecto. El niño no podía dar cuenta de cómo se imponía este pensamiento (de hecho, ese mismo día había ganado un partido en el colegio). Sólo luego de un largo silencio pudo continuar, pero sin volver a tocar el tema.

[vi] Respecto de la necesidad hipertrófica de ganar en competencias, consideramos valiosos dos aportes de Klein que permiten articularla a la angustia y a los estadios tempranos del complejo de Edipo. Así, Klein sostiene: “Analizando varios niños muy neuróticos entre 4 y 5 años (Mis análisis de adultos han corroborado estos hallazgos) –niños que mostraron rasgos paranoides y en quienes el complejo de Edipo invertido era predominante– me convencí de que este curso de desarrollo estaba muy determinado por un miedo excesivo al padre todavía activo en las capas mentales más profundas y que se había generado por impulsos primarios de agresión –contra él– extremadamente fuertes. Contra un padre peligroso y devorador de esta índole, ellos no podían empeñarse en la lucha que sería naturalmente el resultado de una actitud edípica directa [...]” (1932, p.173). También señala (ibíd., p.197) que “el deseo del varón de sobrepasar a sus rivales y de obtener seguridad contra el peligro de ser castrado por el padre” es una “conducta que corresponde al modo masculino de proceder con las situaciones de ansiedad”.

[vii] En su Seminario X, Lacan (1962-1963, p.194) afirma: “Sólo por amor condesciende el goce al deseo”. Freud, por otro lado, se muestra escéptico

respecto de la posibilidad de una pérdida absoluta y se muestra más afecto a pensar que lo que guía el desarrollo no es una pura pérdida, sino en cambio la renuncia a cambio de ganancias en otros órdenes: Quien conozca la vida anímica del hombre sabe que no hay cosa más difícil para él que la renuncia a un placer que conoció. En verdad, no podemos renunciar a nada; sólo permutamos una cosa por otra; lo que parece ser una renuncia es en realidad una formación de sustituto o subrogado. (Freud, 1907)

[viii] “El self verdadero es la posición teórica de la que provienen el gesto espontáneo y la idea personal. El gesto espontáneo es el self verdadero puesto en acción. Sólo el self verdadero puede ser creativo.” (Winnicott, 1960, p.193). Para encontrar un desarrollo con mayor detenimiento de las relaciones entre amor, deseo, self verdadero y falso self, véase *Espontaneidad y complacencia en el psicoanálisis de D.W: Winnicott. Una superación del dualismo libertad-determinación*. (Sourigues, 2016).

#### **BIBLIOGRAFÍA**

- Freud, S. (1913). Tótem y Tabú. En Obras Completas. Tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1907). “El creador literario y el fantaseo”. En Obras Completas. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905). El chiste y su relación con lo inconsciente. En Obras Completas. Tomo VIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Klein, M. (1932). El psicoanálisis de niños. Buenos Aires: Paidós, 2015.
- Lacan, J. (1962-1963). El Seminario. Libro X. La angustia. Buenos Aires: Paidós.
- Sourigues, S. (2016). Espontaneidad y complacencia en el psicoanálisis de D.W. Winnicott. Una superación del dualismo libertad-determinación. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Dirección estable: <http://www.academica.org/000-044/857>
- Winnicott, D.W. (1971). Realidad y juego. Buenos Aires: Gedisa.
- Winnicott, D.W. (1960). “La distorsión del yo en términos de self verdadero y falso”. En Los procesos de maduración y el ambiente facilitador (págs. 182-189). Buenos Aires: Paidós, 2015.